

Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id.

Números sueltos un real vellon.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

Doña Ponciana y sus hijas.

Doña Ponciana es una respetable señora, alta, gorda, de peso; roma de nariz y de entendimiento, frisando en las cincuenta navidades; remilgándose y res-taurándose lo posible para ocultar su fecha, que lo consigue en parte: lo que no puede ocultar, y harto lo siente, es su facha; aunque aseguran personas imparciales que era una arrogante moza allá por los años de 1830. Arrogante debió ser, á juzgar por la arrogancia que aun conserva; y moza ¿quién duda que lo fué? Aunque personas hay que parece que jamás lo han sido.

Doña Ponciana tiene por marido á un don Prudencio ex-recaudador de contribuciones; hombre honrado como el que mas, bonachon hasta el extremo, ocupado en obedecer á su mujer, á la que llama siempre *mi esposa*, sin duda por lo mucho que le sujeta, y en cuya cara se mira como en un espejo. Don Prudencio va á hablar cuando lo tiene por conveniente; pero un gesto de su esposa detiene la palabra en sus labios, y don Prudencio tose, aprovechando de alguna manera el aire que habia recogido para emitir la voz. Don Prudencio asegura que su mujer es completa; y cuando élla dice debe dársele crédito; pues razones tiene para saberlo. Lo que no admite duda es que en este matrimonio *ella es él* y él es nada; pero así vienen los cónyuges viviendo treinta años hace, con un inalterable cariño, con una sola voluntad, que la esposa administra por los dos, y con medianos bienes de fortuna, que les proporcionan pasarlo con decencia sino con fausto. Y que Dios así les conserve: como dice muy bien doña Ponciana.

De esta union resultaron catorce hijos, que vivirian hoy, siendo el orgullo y la alegría de sus padres,

si las viruelas, el sarampion y el cólera no hubiesen concluido con doce, mitad varones y mitad hembras; resultando, por consiguiente, dos vivientes, hijas por cierto, y que completan la familia de doña Ponciana.

Casaderas son ambas, y escusamos el decir cuánto la colocacion de las niñas ocupará la imaginacion de la tierna madre. Justa y Damiana, que así pusieron á las niñas en la pila bautismal, cuentan la primera diez y ocho abriles, y quince noviembres la segunda. Ambas son lindas, no tontas, laboriosas y bien educadas. Se casarian y harian felices á sus maridos, si no tuvieran por madre á nuestra doña Ponciana. Nos esplicaremos.

Esta señora, deseosa de encontrar dos yernos, admite por la noche reunion en su casa; y esto no quiere decir que la cierre de día á los jóvenes, que van á saber si las niñas han descansado del baile ó del concierto de la víspera. Allí acude con frecuencia un sobrinito que el diablo me ha dado y que pasa la vida alegremente y arruinando á sus padres en Zaragoza, bajo el pretexto de estudiar leyes; mientras estos se afanan y economizan en un pueblo del alto Aragon.

Allí me hizo asistir noches pasadas, con el objeto, sin duda, de proporcionarme material para un artículo de costumbres; pues sabe, por lo demás, que hace años estoy ya *asegurado de incendios*.

La sala estaba llena de gente. Varias niñas, en un lado, sostenian animadas conversaciones con un gallinero de *pollos* inflamados, y armaban tal guirigay que las señoras mayores tenian que gritar con toda la fuerza de sus pulmones para ser oidas entre sí.

Doña Ponciana restableció el orden, manifestando su deseo de que se *hiciese un poco de música*: frase que si no es española, no por ello deja de estar muy en uso.

Los *pollos* y algunas *pollas* maldijeron *sotto voce* la ocurrencia que interrumpia sus amorosos diálogos; al

paso que otras, ganosas de lucir su talento musical, aplaudieron tan oportuna idea.

Un don Agapito se sentó al piano, y cantáronse árias, duos y tercetos de Bellini, Donizzeti y Verdi. Estos señores, de fijo, hubiesen desconocido sus obras: la sociedad, mas inteligente que ellos, las conoció sin dificultad, y aun hizo mas; aplaudió con entusiasmo cuantas piezas se cantaron. ¡Y aun dirán que va desapareciendo la galanteria! Mi sobrino, chuzon y falso como él solo, aplaudia desaforadamente con las manos, en tanto que con los pies deshacia los mios, y bailando sobre mis callos me hacia ver la osa menor y las siete cabrillas, diciéndome al mismo tiempo:

—Querido tio ¿ha oido V. un órgano de móstoles semejante?

—Ahora oirán ustedes á mis niñas.—Dijo doña Ponciana.—Vamos, Justita, ea, Damiana, á vosotras os toca. A ver como lo haceis tan bien como acostumbrais. Cantad el duo de *Norma* para que os oiga la concurrencia. Prudencio, trae el duo de *Norma*, que van á cantarlo las niñas, y presten ustedes atencion. Dice don Agapito que lo cantan admirablemente; y cuando don Agapito lo dice...

—Silencio, silencio.—Gritaron de todas partes.

Cantaron las niñas el andante demasiado bien para aficionadas.

—¿Eh, que tal?—Esclamaba llena de orgullo doña Ponciana.

—Bravo, bravísimo.—Contestaba la reunion en masa.

Concluyó el duo en medio de frenéticos aplausos, y la mamá reventaba de gozo.

—Pues este es el menor de sus talentos. Puedo jactarme de haberles dado una esmerada educacion.—Decia la satisfecha mamá.—Otras podrán tener mas intereses que mis niñas; pero mas habilidades muy pocas. A ver, Justita, dinos aquella relacion de *La Esclava de su galan* Oh... declama á las mil maravillas. Silencio, silencio, que va á empezar.

La jóven quiso resistir: imposible. Su entusiasmada mamá lo mandó, y no hubo medio de escusarse. Justita se puso de veinte colores; tosió, se pasó el pañuelo por los labios; se resolvió al fin y dijo la relacion. ¡Pobre Lope! No importa: la concurrencia aplaudió tambien.

—¿Que tal?—Decia doña Ponciana, dirigiéndose á unos y á otros. Mis niñas son un tesoro de gracias. Ellas saben desde barrer hasta cantar y declamar con la perfeccion que ustedes han oido. Se levantan muy tempranito, y en enagnas, zis zas, me barren la habitacion en un *santi amen*. Luego se peinan y á la cocina. Guisan como el mejor cocinero italiano. Justita para los estofados, es su fuerte; y Damiana para los fritos. Las dos se disputan la primacia en las frutas de sarten. Cuando no tenemos criada, que nos sucede á menudo, porque ya saben ustedes como está hoy dia el servicio, ellas lo hacen todo. Pues ¿y coser? ¿Y planchar? Tienen unas manos que Dios las bendiga. Feliz

el hombre que las posea: ya puede decir que ha encontrado la piedra filosofal.

Y doña Ponciana paseaba su mirada altanera sobre el grupo de *pollos* que sonriendo la escuchaban. Las pobres niñas estaban encarnadas como amapolas. Don Prudencio, á fuer de prudente, no decia «esta boca es mia:» y como tiene talento, estaba en ascuas, pidiendo al Señor que dejase muda á su locuaz esposa.

Entre tanto las mamás se hacian unas á otras señas de inteligencia; las jóvenes gozaban en la confusion y en el rubor de sus hábiles y avergonzadas amigas; los papás compadecian á don Prudencio, y mas aun á las hijas de don Prudencio; los pollos, aficionados á estas, se retraian y las abandonaban, temerosos de participar del ridículo en qué una mamá imprudente las envolvía; y las pobres víctimas, dignas de otra suerte y de otra madre, eran el blanco de las burlas y de la crítica, que sola doña Ponciana merecia, por su mal entendido cariño maternal.

—¿Qué le parece á V. este cuadro de familia, mi querido tio?—Me preguntó mi sobrino, aprovechando el ruido que formaba la general conversacion.

—Digno de ser copiado; le contesté. Quizá llegue á manos de doña Ponciana y de otras muchas madres á ella parecidas, y les sirva de provechosa leccion.

—Añadiré, entonces, lo que V. no ha visto. No hay jóven que á esta casa venga, en quien no vea la imprudente madre un pretendiente á la mano de alguna de sus hijas, y le abrume con sus obsequios y le encarezca el talento, la virtud y demás cualidades que á aquellas adornan. En su afan por *establecer*, como ella dice, á sus queridas niñas, parece ganosa de endosarlas al primero que llegue. Estas, con mas tacto, con mas penetracion que su obcecada madre, reciben con cierta reserva á los jóvenes que las visitan; pero su juicio, su reserva son motejados por aquella, que quiere á todo trance que se muestren amables, risueñas, accesibles; y las hace aparecer coquetas, y tan ansiosas como la madre de atrapar una víctima; esto es, un marido. Los jóvenes temen una emboscada, se retiran, huyen, dan la voz de alarma; cunde esta, y las pobres muchachas son el blanco de la burla de los que juzgan por las apariencias, por los efectos, sin estudiar las causas; sirven de pasto á la murmuracion, y valiéndose en realidad mas que otras muchas, se quedarán para vestir imágenes ó darán su juventud y sus gracias á algun Tobías que haga de ellas una ama de llaves, condenándolas á una vida de lágrimas y de desesperacion.

—Ya sabe V., tio mio, cuánto sucede en esta familia. ¿No cree V. que puede dar materia para un artículo de costumbres? V. lo sazonará con su sal y pimienta, y lo hará digno de figurar en algun periódico. ¿No es cierto?

—Retirémonos, querido sobrino. Me acompañarás á mi casa, donde escribiré lo que he visto; añadiré lo que me has dicho y el artículo de costumbres quedará hecho.

Salimos, llegué á mi estudio, caléme las gafas, empuñé la pluma, llené ocho cuartillas de papel, y ahí teneis, amables lectores y lectoras de *El Duende*, bueno ó malo, el artículo de costumbres inspirado por doña Ponciana.

Los Cachimbos.

I.

Pedro se embarcó en una polacra.

Pedro era un chico peli-negro y echado para adelante, que quería ver el mundo y vivir sobre el país.

Como todo el mundo es país, Pedro se embarcó para correr el mundo.

Naufragó.

Se salvó en una tabla.

No bien puso el pié en tierra firme, cuando dirigiéndose al capitán, que también se había salvado, le preguntó:

—¿Dónde estamos, Caliche?

El capitán se llamaba Caliche.

—En el cabo de Hornos.

—Fortuna ha sido la mía: aquí, al menos, no nos faltará pan.

El capitán miró asombrado á Pedro: creyó que el pobre se había vuelto estúpido.

—Compadre —dijo el capitán— aquí no podemos estar hasta mañana. Vamos á ver si encontramos donde albergarnos.

Echaron á andar á paso acelerado.

II.

Hacia rato que caminaban, cuando al volver de una peña tropezaron con un indígena.

Este nuevo personaje, de color de asfalto, vestía una capa de pieles, unos zaragüelles valencianos, unos zapatos de charol con rabanetas por borlas, empuñaba un tape de tinajón por rodela y llevaba en la diestra mano un caramelo.

Su cara... ¡oh! su cara era digna de pasar á la posteridad.

Llevaba impreso en sus mejillas un discurso de un académico de la lengua.

—¿Quién sois? exclamó al ver los naufragos.

—Soy Perico: —respondió nuestro héroe. —Y tú, ¿quién eres?

—El primer de los Cachimbos.

El capitán, al oír al americano, dió á correr y desapareció.

Continuó el Cachimbo.

—¿De donde vienes?

—De Gallo-Canta.

—Entonces debes de cantar en la mano.

—Como que soy español.

—Sígueme.

III.

Pedro siguió al salvaje, algo preocupado con la huida de Caliche.

El salvaje chupaba el caramelo.

Llegaron, después de un corto rato, á un delicioso valle cruzado por un ferro-carril y sembrado de casitas de campo.

Vieron venir hacia ellos infinidad de seres parecidos todos al que acompañaba á Pedro.

Cuando se hallaron cerca de Perico comenzaron á palparle.

Decía el uno. —Un poco flaco está; pero no importa.

Decía otro. —No me hace gracia la carne blanca; pero ¿qué remedio?

Decían todos. —Cuando no hay pan, buenos son Pericos.

A Pedro se le puso el pelo de punta.

Temía comprender.

IV.

Tomó la palabra el primer de los Cachimbos y dijo: —Ilustres hijos de la Selva Virgen....

Volvióse hacia Pedro y le preguntó —¿Comienzo bien?

—Bravo: contestó nuestro hombre.

—Prosigo pues... Ilustres hijos de la Virgen Selva: el Cielo hoy nos envía detestable manjar. Preciso es conformarse con la suerte. ¿Cómo le comeremos? Esto es lo que decidirá la mayoría.

—Protesto... eso va mal: exclamó Pedro.

—¿El qué? ¿Mi discurso? ¿Qué hallas en lo que llevo dicho de estravagante?

—No puedo avenirme con lo de serviros de manjar.

—Nos pasaremos sin tu vénia.

—Pero, infelices ¿no pensáis en lo que dirá la Europa cuando lo sepa?

—¿Y qué nos importa en América de lo que diga la Europa?

—Pero eso es un hecho atroz.... sin ejemplo.... ¡Ah! Bien veo que estoy entre salvajes.

—Nada de insultos. Además, tú crees, por ventura, que en tu civilizada Europa son menos salvajes que nosotros? Error.

—Pedro se quedó hecho una estatua.

—Escucha —dijo el Cachimbo. —Voy á leerte todas las gacetillas de los periódicos de Madrid, *Les Faits divers de Paris*, y en ellas, qué encontraremos? Descripciones de robos, asesinatos, incestos y crímenes sin cuento, que me ruborizo al recordarlos.

La asamblea se sonó enterneada.

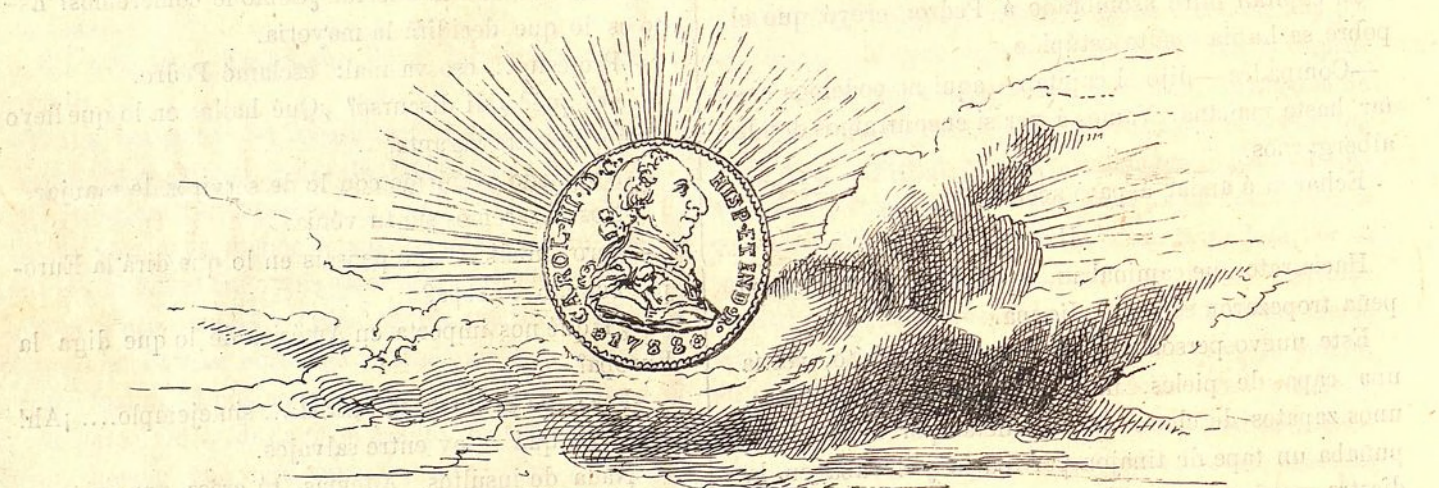
Continuó el Cachimbo.

—Te leeré la estadística espantosa de los crímenes inútiles cometidos por vosotros; del número de malhechores que encierran vuestras cárceles; y cuenta, que las leyes no pueden alcanzar á todos; y muchos son los que con ligero pié y balancín en mano ejecutan sorprendentes equilibrios sobre el borde del código civil.

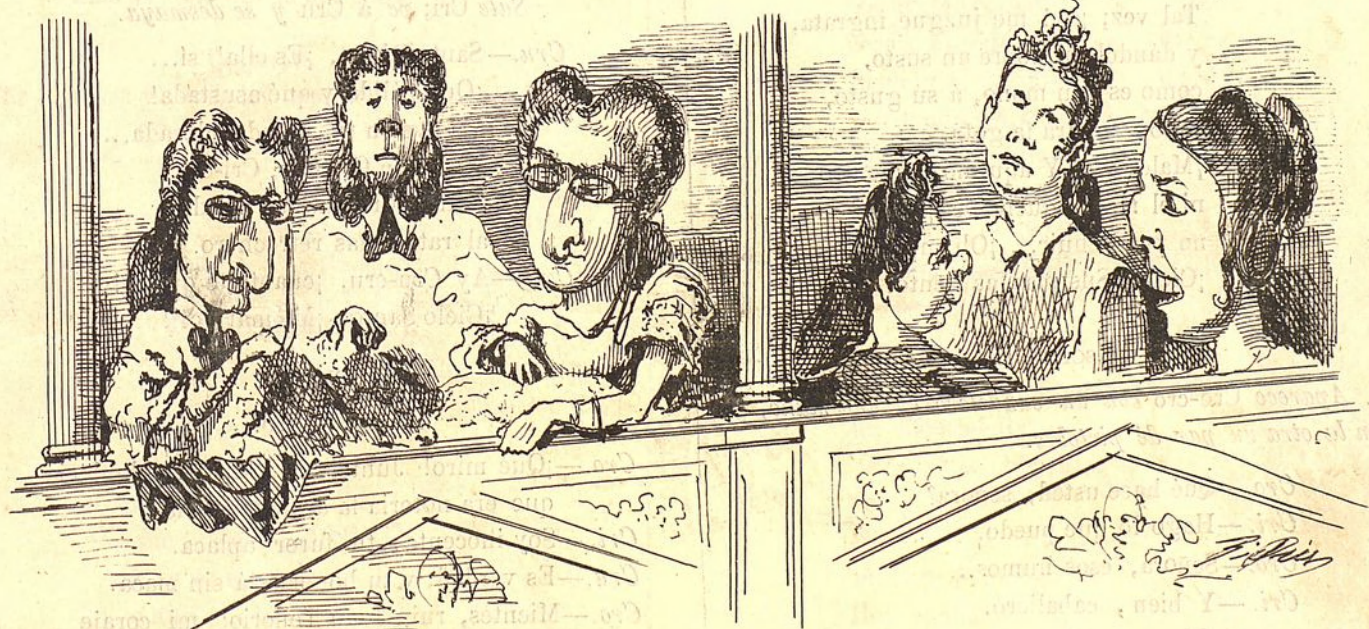
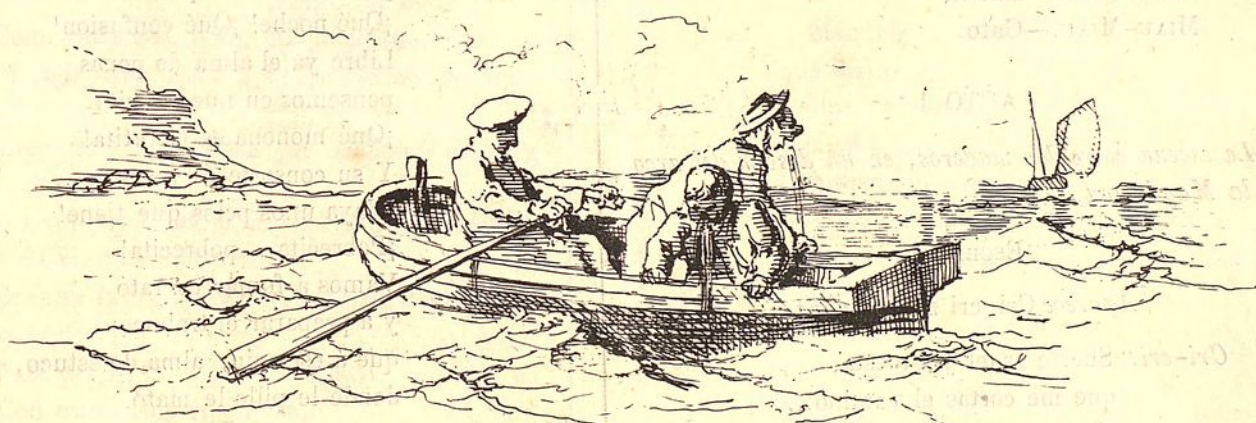
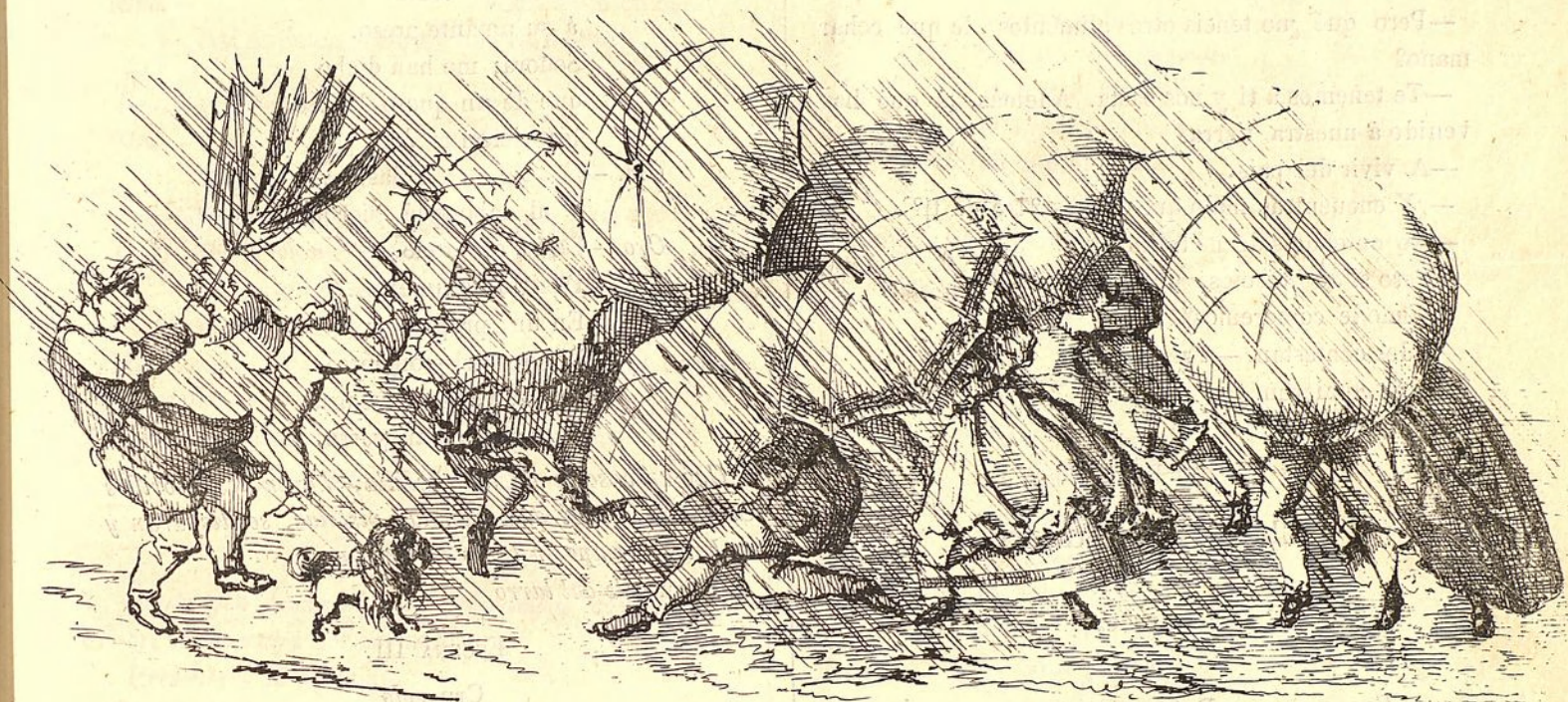
—Protesto. —repitió el infeliz Perico.

—No protestes, que nadie te oirá. Entre nosotros, gente sin civilizar, el incesto, el robo, el asesinato,

Recuerdos de S. S.



Los baños y los bañistas.



la mentira, la calumnia son cosas que desconocemos. Os llevamos la ventaja de que nunca nos comenos unos á otros; es decir Cachimbo á Cachimbo.

—Como los lobos.

—Sea como los lobos. Estamos en nuestro derecho y te comeremos á tí.

—Pero qué ¿no teneis otros alimentos de qué echar mano?

—Te tenemos á tí y nos basta. Además, ¿á qué has venido á nuestra tierra?

—A vivir del pais.

—¿Y encuentras malo que el pais viva de tí?

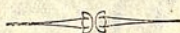
—No entendeis de metafísica.

—Pero sí de guisotes. Cachimbos.....

¿Cómo le comeremos?

Todos contestan. — En pepitoria.

Se lo comieron.



El fin del queso.

DRAMA.

CRÍ-CRÍ. . .—Rata.

CRO-CRO. . .—Rata, *esposo de Cri-cri.*

CRU-CRU. . .—Raton.

MIAU-MIAU.—Gato.

ACTO 1.º

La escena entre dos maderos, en un desván del arco de la Magdalena.

ESCENA I.

Aparece Cri-cri meditabunda.

Cri-cri. Suerte cruel y finesta,
que me cortas el camino...
¿Qué pensará mi vecino?
Creerá que duermo la siesta.
Tal vez; ¡ay! me juzgue ingrata,
y dándole al pobre un susto,
como es tan mono, á su gusto,
se lo zampará la gata.
¡Maldicion! Y aquí no encuentro
ni el mas pequeño resquicio:
no puedo huir... ¡Oh suplicio!
¡Cielos! Sus pisadas siento.

ESCENA II.

Aparece Cro-cro con un candelero en una mano, y en la otra un par de pistolas.

Cro.—Qué hace usted, señora?

Cri.—Hago lo que puedo.

Cro.—Señora, esos humos...

Cri.—Y bien, caballero.

¿Piensa usted acaso

que me causa miedo
ese aire de taco,
y marcial arreo?

Cro.—Señora, me han dicho
que huyó del puchero
donde yo tenia
á su amante preso.
Señora; me han dicho
que de un queso dentro
les vieron y...

Cri.—Basta...
y al cabo qué vieron?

Cro.—Dejad ese tono...!
Decirlo no quiero....
En fin, preparaos;
llegó ya el momento
en que venga y vengue
mi afrenta y tu yerro.

*Cae un cascote de la bovedilla; huyen despavoridos
Cri y Cro, y éste deja caer las pistolas, se disparan y
un balazo rompe un tarro de confituras.*

Cru sale del tarro.

ESCENA III.

Cru solo.

Cru.—Maldigo... amen, las cadenas
y la mas dulce prision...
¡Qué noche! ¡Qué confusion!
Libre ya el alma de penas
pensemos en nuestra cita.
¡Qué monona es la ratita!
Y su consorte es un nene...
¡Vaya unos pelos que tiene!
¡Pobrecita... pobrecita!
Vamos á fumar un rato
y á preparar el trabuco;
que á ese ruin, alma de estuco,
donde le pille le mato.

ESCENA IV.

Sale Cri; vé á Cru y se desmaya.

Cru.—Santo Dios., ¡Es ella! sí...
¡Qué pálida y qué asustada!
Vuelve en tí, prenda adorada...
Abraza á Cru-cru, Cri-cri.
Mira á tus plantas rendido
al raton mas retrechero.

Cri.—Ay Cru-cru, ¡cuanto te quiero!
¡Cielo Santo! ¡Mi marido!!!

ESCENA V.

Dichos y Cro.

Cro.—¡Qué miro! Juntos...! ¡Ah! Bien lo decia
que era notoria la deshonra mía...

Cri.—Soy inocente: tu furor aplaca.

Cru.—Es verdad; y tu honor está sin maca.

Cro.—Mientes, ruin Juan Tenorio: mi coraje
me dice que manchaste mi linaje.

Cru.—Pues bien, señor, mandad; que ya dispuesto á todo estoy. ¿El sitio?

Cro.—(Señalando á un cesto roto.) En aquel cesto.

Cru.—¿Y las armas?

Cri.— ¡Oh Dioses!

Cro.— Con los dientes.

Así se baten siempre los valientes.

(Pausa.)

Cro.—¿No tardareis?

Cru.— ¡Yo tardar!

Podeis marcharos tranquilo.

Cro.—Habeis de morir al filo...

Cru.—Basta ya de porfiar.

Al cesto, don Cro-cro, voy,

donde probaros espero...

Miau-miau, que ha estado escuchando en un rincón detrás del cesto.

Miau-miau,—Los tres caerán... Mi gargüero

ya puede repicar hoy.

ESCENA VI.

Se dirigen hacia el cesto entrambos campeones.

Cri-cri se desmaya por segunda vez.

Presentase Miau-miau.

Cro.—¿Qué veo!!!

Cru.— ¡Muerto soy!

Cri.— ¡Llegó mi hora!

Miau.—Comenzaremos, pues, por la señora.

Al ir á engullirse Miau á Cri se oye un pavoroso ruido.

Es el arco de la Magdalena que se hunde de puro viejo.

Cae el arco, produciendo un horroroso estampido aplastando á Cri, á Cro y á Cru.

Se vé de entre las ruinas salir á Miau limpiándose el polvo con la pata.

Miau.—Pues señor, la hicimos buena...

Con esta ruina espantosa,

la ciudad no pierde cosa,

mas yo, me quedo sin cena.

TABLEAU.

Cae el telón y vâense los espectadores á dormir.

FIN.

El Aguador

Arre, burro... Como...!

¿Te resistes, ruin,

á ir hacia la fuente

que te espera allí?

Hoy es esa sola

y aun puedes vivir....

Mas dentro de poco

habrá mas de mil...

Yo soy desdichado desde que nací.

Rey de las tinajas

vianme subir

ya á un rico palacio,

ya á un chiribitil

el agua llevando

en cántaro ruin.

En breve esta ganga

se va á concluir...

Yo soy desdichado desde que nací.

Quien, por esas calles

me viera lucir

mi talle ligero

y mi aire gentil.

Cantando la jota

al son del tilin

de las campanillas

de aquí para allí...

Yo soy desdichado desde que nací.

Mandaba el alcalde

que fueran aquí

atados los burros,

haciendo reir

á tantos, que sueltos

iban en motin;

mas yo contestaba

mejor van así...

Yo soy desdichado desde que nací.

Montado en el rabo

de mi burro Ali

corria al galope

al ir y al venir;

y cuando un tricornio

venia hacia mí,

iba yo mas listo

que en ferro-carril...

Yo soy desdichado desde que nací.

¡A cuantos el suelo

les hice medir!

¡A cuantos chiquillos

rompí la nariz!

Nadie se atrevia

mi paso á impedir.

Hoy veo las fuentes

que anuncian mi fin...

*Yo soy desdichado
desde que nací*

—
Presto las fregonas
irán por ahí
con cántaros nuevos,
haciendo un mohín
á cuantos soldados
hallen al salir.
Y en tanto nosotros...
¡Fortuna ruin!
*Yo soy desdichado
desde que nací.*

—
Lloremos, jumentos;
lloremos el fin
de los aguadores
que van á morir.
Quizá halleis, mis burros,
un tiempo feliz;
mas para nosotros
llegó el San Martín...
*Yo soy desdichado.
desde que nací*

Modas.

Como habíamos prometido, nuestro corresponsal de París, nos ha dado los datos suficientes para que podamos trasladar á las columnas de *El Duende* las siguientes noticias trágicas (ó de trajes.)

Paseo. Sombrero de esterilla, de cuatro metros de diámetro con campanillas de corcho, para que suenen bien. Abrigo *Correspondencia*, hecho de flautas de órgano y aromatizado con incienso y mirra. Cuerpo de raso con pinturas al óleo, que representen vistas nunca idem, como la aparición de San Miguel Arcángel á los barrenderos públicos. Vestido de carbon de piedra con volantitos de acciones de carreteras y cintas de pan pintado. Sombrilla de hojas de col con casca- beles y zapatitos de munición.

Baile. Vestido *ilusion*, de espuma de naranja, con cuerpo de agua de fresas. El escote hasta donde lo permita la autoridad competente. Pañuelo de tela de juicio y ramillete de flores de lis. Peinado á lo municipalidad con peineta de cuerno de.... Ustedes dispensen. Brazaletes de barquillos y adornos con piedras preciosas, entre las que figura la primera de cierta estacion.

Traje de tiendas. Coletó de ante y espadín de maderá de olor. Peinado *recluta*, con fósforos de Cascante. Ridículo lo mas idem que se encuentre, y guantes de tirar al sable. Coraza de almendrada, con estrellas de ambar, y manguito de piel de Juslibol. Vestido corto, muy corto por la decencia, con bullones fabricados en Sierra idem, con los tacos que sobraron de aquella ja-

rana que ustedes saben. Mantilla de tira..... y afloja, pegada con puntas de París á un schal de polvos de ladrillo. Porta-monedas vacío.

Trajes para niños. La *derniere* manda que se vistan de mujeres, sean ó no bonitas. La cuestion es echar-las de pro-hombres.

Nuestras lindas suscriptoras no se quejarán de la exactitud de una redaccion que tan prontas y verídicas noticias las proporciona.

Cuentos de «El Duende.»

José II, Emperador de Austria, pasando por el pueblecillo de Embronnay, quiso tomar un par de huevos frescos, é hizo quo se los sirviesen en su mismo coche.

Después de haberlos tomado preguntó el precio.

—Dos luises, respondió el fondista.

—¡Cómo, dos luises! Según parece los huevos aquí andan escasisimos.

—Perdonad, Señor. Los huevos aquí son abundantes; los que andan muy escasos son los emperadores.

—José II, para premiar la gracia del fondista, triplicó la suma y siguió su camino.

El Duende tiene una amiga, cuyas salidas son las mas veces picantes, sin que en ellas entren la menor malicia ni determinada intencion.

Hallándose una noche en compañía de su esposo principió á bostezar de una manera extraordinaria, hasta el punto de llenársele los ojos de agua.

—¿Tienes algún pesar, hija mia? Le dijo su tierno esposo. En ese caso, vierte tus lágrimas en mi seno; confíame tus penas. Ya sabes que los dos no formamos sinó *uno solo*.

—Eso es precisamente lo que tengo: respondió sencillamente mi amiga. Es que cuando, como ahora, estoy *sola* me aburro soberanamente.

Preguntaban al lacayo de un gran señor si su amo estaba en casa.

—No está. Contestó gravemente.

—¿Podría V. decirme cuando volverá?

—Imposible: dijo el lacayo. Cuando el señor nos manda decir que no está en casa, no podemos asegurar cuando volverá.

Cuando la célebre Ristori se hallaba en Zaragoza, á cierto escultor muy conocido le preguntó un caballero:

—Dígame ¿estuvo V. anoche á ver á la Ristori?

—No, señor.

—Pues amigo, se perdió V. una gran cosa; estuvo admirable. Toda Zaragoza se deshizo en lágrimas.

—Diablo; replicó el otro: ahora comprendo porque me atormenta hoy el reuma.

—¿Como?

—Es claro; por la escesiva humedad.

Editor responsable: MANUEL ALLUE.

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustín Peiro.—1862.